

Hace ya dos años que falleció el gran poeta, ensayista y dramaturgo Fernando Sánchez Mayáns, quien muy joven obtuvo prestigio, reconocimientos y lectores, admiración y respeto. Fue asimismo un diplomático destacado que promovió la cultura mexicana en varios países. Aunque él se veía a sí mismo como hombre de teatro, su poesía es extraordinaria. Fue fundamentalmente un poeta, pues sus obras dramáticas contienen un profundo tono poético, un sutil lenguaje que conmueve e impresiona. En vida, por fortuna, recibió el homenaje del Instituto Nacional de Bellas Artes, donde muchos años atrás él condujo el departamento de Literatura. Luego de su lamentable muerte, de nueva cuenta la institución cultural le rindió un cálido reconocimiento a su obra como hombre de letras. La editorial Miguel Ángel Porrúa en coedición con el gobierno de Campeche, tierra natal del poeta Sánchez Mayáns, publicó sus obras completas en dos bellos tomos. El prólogo estuvo a cargo de nuestro director René Avilés Fabila; simultáneamente el INBA repuso *Las alas del pez* (pieza dramática multipremiada dentro y fuera de México) en el teatro El Granero. En este número, duplicamos el prólogo de Avilés Fabila para sumarnos a un homenaje permanente al enorme escritor y distinguido diplomático que fue Fernando Sánchez Mayáns.

El Búho

Prólogo a las Obras completas de Fernando Sánchez Mayáns

Un poeta de la humanidad de las palabras
VÍCTOR PIÑA WILLIAMS,
refiriéndose a Fernando Sánchez Mayáns

Fernando Sánchez Mayáns no es otra cosa que un poeta, un poeta superior. Algunos podrían refutar mis palabras y decirme que también fue dramaturgo, ensayista, diplomático y promotor cultural. De acuerdo. Pero aún en tales casos siguió siendo un poeta de altos vuelos, soberbio, dueño de las más complejas formas del verso. En efecto, es un brillante dramaturgo, ensayista excepcional, un diplomático, pero en todos los casos vive el poeta. Incluso como amigo, su trato y conversación es la de un distinguido escritor de limpios y hermosos versos. Nunca pudo ni quiso sustraerse a su vocación original, la que adquirió en su natal Campeche, cerca del mar y de los suyos, reafirmada en los años de infancia que transcurrieron en Baja California y los que más adelante le permitirían estudiar literatura en la Ciudad de México. Después, en Nueva York, Miami, Roma, Guatemala o Barcelo-

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

RENÉ AVILÉS FABILA

na, confirmaría plenamente su maestría en poesía. En el mundo de la diplomacia, como Jaime Torres Bodet, Octavio Paz y José Gorostiza, tampoco dejó de ser poeta, trabajó y actuó como tal, con la dignidad del prodigioso hacedor de metáforas e imágenes, de



Fernando Sánchez Mayáns

símbolos maravillosos que nos permiten, dada su riqueza, darles tres, cuatro interpretaciones. Por cierto, hay diálogos en su teatro que son acabados textos poéticos. En *Joven drama*, Carlos, uno de los dos personajes, le dice a Luz: “Dices que conoces el amor... y no recuerdas cuánto tiempo hace que nos conocemos, ¿Qué... no me amas? ¿No me has amado siempre?”

Dentro de la rica gama poética, Fernando Sánchez Mayáns ha seleccionado básicamente el soneto. Quizá porque es una forma poética magnífica y sugerente, tanto así que ha sido utilizada, en sus distintas variantes, por grandes poetas: Dante y Petrarca, Ronsar y Shakespeare, Baudelaire y Mallarmé; más recientemente por Ezra Pound. En nuestro idioma, Sor Juana, Jorge Guillén, Alexandre, Gerardo Diego y Dámaso Alonso lo escogieron para expresar pasiones y sentimientos. En México, Carlos Pellicer y Griselda Álvarez han sido sonetistas de excelencia. Dentro de esta lista de primer orden, Fernando Sánchez Mayáns ocupa un lugar cómodo, fundamental: los ha escrito genialmente, con brillantez y originalidad, con metáforas suaves y muy hermosas, deslumbrantes. Margarita Michelena, severa y feroz como crítica, notable escritora, quien asimismo cultivó esos célebres catorce versos o líneas, dijo que “a Sánchez Mayáns con *La muerte de la rosa*, en la que culminan sus grandes facultades de poeta y ser pensante... se le dan los sonetos con la más fina lozanía; se le dan porque es poeta de inagotable invención e irreprochable rigor.”

Llama la atención, por otro lado, que a semejanza de Shakespeare, Fernando se exprese principalmente como poeta y dramaturgo. Ambos, ahora lo veo con claridad, le dieron al teatro la dignidad del lenguaje poético.

No he sabido, pues, de otro Fernando Sánchez Mayáns que no sea poeta. Haga lo que haga. Uno de

los mejores trabajos sobre el poeta-dramaturgo es el escrito por Vicente Leñero y que sirve de prólogo a *Tres obras de teatro*. Allí es analizado el autor que velozmente tuvo un enorme éxito, desde casi adolescente. Su trayectoria es impresionante y llena de triunfos. El mayor es sin duda *Las alas del pez*, una obra premiada una y otra vez. La recuerdo bien, la vi en 1960 dirigida por Fernando Wagner, hay una intensa poesía en cada diálogo, en cada personaje, en toda la trama, particularmente cuando Daniel, el pez, pierde las alas en un final conmovedor. Otro más, sin duda es el de Felipe Garrido y sirve como entrada al *Teatro completo*, editado por Conaculta y Escenología en 2004, volumen que incluye *Sentencia conyugal*, una novedosa pieza que no ha sido puesta en escena.

Felipe Garrido señala la vigencia del teatro de Fernando Sánchez Mayáns y es verdad: una sociedad que de nuevo se halla desesperanzada tiene en su dramaturgia un espejo donde reflejar su incertidumbre, su desencanto ante el presente y la desconfianza ante el futuro. Fernando, y Salvador Novo lo hizo notar, “nos asoma a una vida, una atmósfera, un momento social, con sus auténticas palpitaciones..., de acuerdo con su tiempo”. Lo que ocurre es que ahora confirmamos que los errores se repiten, la historia es cíclica y cada generación enfrenta retos parecidos, algunas veces atroces, bajo diferente ropaje, vestidos o disfrazados para la gran obra dramática que es la vida cotidiana. En tal sentido, en *El pequeño juicio*, obra en un acto, se debate algo fundamental: los usos que nuestra sociedad le concede a la ley. Es una acabada metáfora del México que bien conocemos, con sus peores vicios políticos, sociales y culturales. No deja de ser interesante que en otra obra, *Sentencia legal*, la ley, como en *Fuenteovejuna*, quede en manos de la sociedad, es decir, en las del público que asiste al teatro y a quien el fiscal le pide el veredicto.

Fascinante (inquietante es un mejor término en este caso) resulta el teatro de Fernando Sánchez Mayáns; como todas las obras mayores del arte, jamás pierde vigencia.

En uno de los homenajes que le hizo en vida Bellas Artes, escribí un texto donde decía yo lo siguiente: “Fernando no lo sabe, o tal vez sí, porque en alguna época intercambiamos cartas, pero mi amistad y admiración hacia él comenzó cuando vi *Las alas del pez*.” Así es. Mucho más adelante conocí al hombre, al esposo, al padre, al amigo. En cada caso, era un poeta el que actuaba su papel, de modo ejemplar. Hablaba con suavidad y elegancia, a veces con reflexiones de profunda agudeza, siempre con una sencillez y modestia desconcertantes en un escritor de su talla. Sé que era su modo natural de vivir y lo sé por unas palabras que en 1947, Enrique González Martínez, así lo calificara en una cálida y estimulante dedicatoria. Su obra poética, como la de otro talento extraordinario, Rubén Bonifaz Nuño, se pierde un tanto en la ruidosa vulgaridad de nuestra época, pero tiempo habrá para reflexionar sobre sus excelentes metáforas, sus imágenes memorables que aparecen tanto en sus piezas dramáticas, como en sus sonetos y ensayos. Por tal razón, Alí Chumacero escribió sobre Fernando: “Pero siempre, aún sobre el desaliento, Fernando Sánchez Mayáns pone su depurado fervor por la poesía.” Un poeta que ha escrito sobre poesía y los poetas en un intento por explicar el fenómeno de la creación. Él lo dice con profunda intensidad: “La materia sin voz nace ficticia/ y en los escombros crece la avaricia/ de apresar la belleza del poema.”

Su poesía, la de Fernando Sánchez Mayáns, es prodigiosa, de notable inteligencia y llena de evocaciones. Un ejemplo, el “Soneto de Adán siglo xx” del libro *Once sonetos*, de rotunda perfección, editado en 1974:

Adán del paraíso en carne viva.
Adolescente himno alucinante.
Baja en orden de lucha fulgurante.
Lucha en desorden de oda transitiva.

Turbia luz de belleza lo adjetiva
En zonas de hecatombe militante.
Por las calles se incendia delirante.
Por la ciudad estalla a la deriva.

Adán desnudo. Adán sin paraíso.
Estatua en rebelión. Mirada ciega.
Poema vertical que se deshizo.

Múltiple Adán sin fin en su osadía
Que demente y feroz sólo se entrega
Al arcángel siniestro en agonía.

Como es posible ver, la poesía de Fernando es perfecta, deslumbra, nos llena de inquietudes y asombros, nos deja pensativos para siempre. Creo poder decir que Sánchez Mayáns nació poeta, que estaba predeterminado para la poesía, nada en él contradice esta idea. La iluminación le llega de una atenta lectura de los clásicos de la poesía, de sus deseos de descubrir los secretos del amor, de la soledad, de la muerte y de la vida, la importancia del silencio... Hay una lúcida e innovadora utilización del idioma y de la puntuación, las metáforas resultan originales y sin duda de belleza implacable, rotunda. No hay excesos ni rimas gastadas, hay, en todo caso, una terca exploración del mundo y sus más complicadas criaturas: los seres humanos, sus inquietudes, sus sueños y quizá sus pesadillas. No hay un poeta semejante en México. Los hay de enorme estatura como Carlos Pellicer, Bonifaz Nuño, Jaime Sabines, Octavio Paz, José Gorostiza o Alí Chumacero, pero ninguno idéntico, muy opuestos en sus concepciones poéticas. Si hay un

mensaje, no es el evidente, sino el adecuado a cada lector, dependiendo lo que busca en una poética luminosa y casi divina. En todo caso, nunca he dejado de señalar que el único creador tocado por Dios es sin duda el poeta. En este caso, Fernando Sánchez Mayáns.

Fue, entonces, un distinguido hombre de letras que no descuidó ninguno de los géneros que amó: el ensayo, la poesía y el teatro. Así lo conocí hacia 1961, año en que ya Fernando destacaba como poeta y dramaturgo. Había conquistado un importante reconocimiento con su obra *Las alas del pez*, premio Juan Ruiz de Alarcón, 1960, y como director fue un personaje distinguido. Era muy joven, ya afamado y rodeado de

personajes del teatro y la literatura. Luego volví a verlo, en la última función de un *Hamlet* que había dirigido, según yo, alguien que salía de la adolescencia y que sólo había visto a Shakespeare en versiones cinematográficas, muy bien. Pero algo no había resultado. Lo noté digamos que tristón. Alguien dijo como una broma desafortunada que había sido la nueva decena trágica. La puesta en escena no tuvo los resultados esperados. Entendí que no era fácil llevar a los clásicos al teatro mexicano, en especial hace tantos años, cuando había un puñado de escenarios y un público poco avezado.

De todos los premios recibidos por Fernando Sánchez Mayáns, una larga lista, el más significativo



René Avilés Fabila con Fernando Sánchez Mayáns

de todos es sin duda el que obtuvo por *Las alas del pez*, no sólo ello, aparecieron una sucesión de reconocimientos para la obra. Esto es, causó una enorme sorpresa. Entre los firmantes de los diplomas están Rafael Solana, Wilberto Cantón, Carlos Solórzano, Antonio Magaña Esquivel, José Solé, Tomás Urtusástegui, Rodolfo Echeverría, Diego Arenas Guzmán, Víctor Hugo Rascón Banda. Fue un acontecimiento notable que proyectó al joven poeta y dramaturgo a la notoriedad. Lo curioso es que quizá por ello, su fama de poeta fue un tanto relegada. El último gran premio que recibió fue el "Justo Sierra Méndez, Maestro de América", entregado por el gobernador de Campeche Jorge Carlos Hurtado Valdez en 2005. Un año antes, otro dramaturgo de talento, Víctor Hugo Rascón Banda, asimismo fallecido, en su calidad de presidente de la SOGEM, le dio a nombre de todos los escritores mexicanos un diploma donde consta: "por su distinguida trayectoria en la literatura mexicana y por sus valiosas aportaciones en el teatro nacional".

Como dramaturgo, al parecer, corrió con mejor fortuna y desde la publicación de la obra en un acto, *Claudio*, 1950, en la revista *América*, comenzó a caminar con paso firme por la dramaturgia. Aunque al final de su vida, Fernando centró su atención, como en sus inicios, en la poesía.

Los encuentros entre nosotros dos en esa época no fueron muchos. Recuerdo que hizo una labor afortunada en Bellas Artes, en el Departamento de Literatura y Danza. Pronto buscaría otros horizontes. La diplomacia mexicana, tan vinculada a las letras y cuya lista de embajadores escritores es casi infinita, lo sedujo. Por desgracia, en este rubro, la Secretaría de Relaciones Exteriores no supo corresponder al talento del poeta. No puedo olvidar, en esta materia, que durante el homenaje que Bellas Artes le hizo, en pre-

sencia de sus titulares del más alto rango, incluido el entonces presidente de CONACULTA, Sergio Vela, Hugo Gutiérrez Vega y yo coincidimos desde la mesa de los oradores, en el trato indigno que la dependencia le dio. Tenía que haber sido embajador para coronar una gran tarea en el servicio exterior. Como diplomático sólo lo vi en Miami, donde era cónsul, no dejó de sorprenderme la dedicación con la que trabajaba para promover la cultura mexicana y al mismo tiempo defender a nuestros emigrantes del mal trato por partida doble: de los norteamericanos y de la poderosa comunidad de origen cubano. Sin embargo, sé mucho de su trabajo en tanto digno diplomático a través del que fuera varios años embajador de México en Italia, el doctor Norberto Treviño Zapata y de Ninfa Santos (legendaria mujer, casada en alguna época con Ermilo Abreu Gómez) que también permaneció largo tiempo en dicha embajada. Ambos solían hablar del enorme trabajo que Fernando llevaba a cabo y la cordialidad del compañero de tareas.

Su figura, la de Sánchez Mayáns, era la de un hombre distinguido, amable y de fina educación, discreto. Quizá por esas características pensó, como tantos otros escritores, en ampliar su campo hacia la diplomacia. Era un rumbo familiar por Alfonso Reyes, Octavio Paz, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza y muchos más. Mezclar la literatura con la diplomacia ha sido una tentación para docenas de poetas, dramaturgos y narradores. La mayoría ha dejado honda y positiva huella, como Rodolfo Usigli.

Fernando Sánchez Mayáns formó parte de una generación brillante, una que se consolida en las viejas aulas de Filosofía y Letras. Junto a Rosario Castellanos, Rubén Bonifaz Nuño, Emilio Carballido, Sergio Magaña y Jaime Sabines, entre otros, fue consolidando una obra brillante que despertó aprecio y admiración entre críticos y lectores.

Fernando Sánchez Mayáns nació en la Ciudad de Campeche en 1924 y murió en la de México, en 2007. Toda su vida, a pesar de la diplomacia, la dedicó a la literatura. En un retrato lleno de talento y belleza sobre Enrique González Martínez, Fernando recuerda sus propios inicios: "...mi encuentro con Enrique González Martínez fue una tarde del año 1947, allá en su casa de las calles que entonces se llamaban de Mayorazgo. Era yo un recién llegado a la capital ansiosa de explicarme, si es que tengo alguna explicación a mi interés y afición por la lectura poética y por la poesía misma. Vivía la época inolvidable para muchos, cuando asistíamos a los estudios universitarios que se impartían en el viejo edificio llamado de Mascarones, intentando saber algo de filosofía y de latín. Poesía, con Bernardo Ortiz de Montellanos. Estética de la lengua con González Montesinos, mientras el admirado Castellanos Quinto nos hablaba del Quijote, y don Panchito Monterde del *Popol-Vuh*. Se iniciaban en las letras, entre otros, Jaime Sabines, Sergio Magaña, Rosario Castellanos, Bonifaz Nuño, Ernesto de la Peña. Generación de un mundo que emergía de la segunda guerra mundial, con un horizonte en ruinas."

Fernando Sánchez Mayáns fue consolidando su vocación en universidades como Harvard, Yale y Nueva York, donde tomó cursos de importancia en su formación de dramaturgo y sobre todo de poeta. ¿Para qué repetir que en su dramaturgia hay inalterablemente un poeta? En su larga estadía como diplomático en Italia, difundió el teatro y la poesía de México y a su vez tradujo y nos acercó al teatro contemporáneo italiano. Lo hizo con tesón y amor, no sólo para cumplir con una tarea oficial, sino porque él buscaba ligas con el arte de manera natural.

A pesar de que los cargos como representante de México pusieron a Fernando lejos del terruño, nunca

dejó de publicar y mandar sus materiales literarios, sin faltar a sus obligaciones oficiales, las que cumplió con creces en Miami, Roma o Guatemala. Por ello los homenajes y reconocimientos se repitieron merecidamente. Por ejemplo, a las palabras que Griselda Álvarez y Alí Chumacero le dedicaran a su poesía, se añadían las de Vicente Leñero, quien veía a Sánchez Mayáns como un modelo de artista. Vicente escribió: "...Fernando Sánchez Mayáns es considerado por Wilberto Cantón como un dramaturgo de la llamada generación de 'los cincuenta', a la que pertenecen Emilio Carballido, Sergio Magaña, Luisa Josefina Hernández, Héctor Mendoza, Jorge Ibargüengoitia, Humberto Robles, el propio Wilberto Cantón..., por haber surgido en esa década..."

Vale la pena precisar que en 1951, Fernando había ganado el Premio Nacional de Poesía a los 26 años, cuando ya tenía tres libros publicados: *Decir lo de la primavera*, *Poemas* y *Acto propiciatorio*. Pasa al teatro, donde obtiene grandes éxitos y es reconocido como un asombroso dramaturgo, convencido de las tesis de sus influencias nacionales y extranjeras como Rodolfo Usigli, José Revueltas, Celestino Gorostiza y Luis G. Basurto, se adentra en un teatro que critica los valores de una sociedad que se desmorona, que se debate entre el atroz pasado y un futuro incierto, donde la guerra fría no es un panorama propicio al optimismo. El pesimismo que en los existencialistas se hace notar con Sartre y Camus, en México lo muestran escritores como Fernando Sánchez Mayáns. Sin embargo, habrá que aceptar que por regla general, prácticamente como lugar común, la tragedia se impone como tema literario y como en todo caso la comedia sirve para desgranar una cruel sátira sobre los valores establecidos, un código implacable de ética que trata de ser paradigmático al desplazar al antiguo.

Fernando Sánchez Mayáns dejó puntuales observaciones sobre sus preferencias literarias, en consecuencia sobre su formación artística. Ahora, en las *Obras completas* que edita Miguel Ángel Porrúa, han sido claramente divididas: en el primero aparece la poesía, aquella que arranca en 1951 y que llega hasta poco antes de su muerte, incluidos poemas inéditos. En el segundo está la totalidad de su teatro y de sus ensayos. Me parece una tarea de mucha importancia porque, pienso al menos yo, que la obra de Sánchez Mayáns no goza de cabal reconocimiento y que hay mucho por descubrir. Alí Chumacero, enorme poeta y severo crítico, más de una vez reconoció públicamente el talento de Fernando, incluso llegó a decir que era un poeta notable. Prefiero repetir las palabras de Alí publicadas en *Excelsior*, con motivo de la presentación de *Experiencia del silencio*: “Fernando Sánchez Mayáns es no sólo el mejor sonetista, sino uno de los poetas más notables que hay en México.”

A su vez, Jorge von Zigler escribió algo que me parece fundamental al respecto de una correcta valoración de la poética de Fernando: “El genuino tema de la poesía de Sánchez Mayáns ha sido la poesía misma, su esencia, sus posibilidades y sus límites, su sentido para el hombre de hoy. Al concebirla como tensión insoluble entre forma y significación, entre arte y verdad, como realidad cuya corporeidad y sentido último siempre serán un misterio, no ha dejado de expresar su fe en el poema como orden que se opone al caos, luz a la oscuridad, contemplación a lo transitorio y mudable. En un siglo que el poeta percibe desencantado de la poesía, para él ‘...es posible inventarla todavía/ astutamente porque ya no existe’. En este sentido, la reinventa o la emprende con asombro y sinceridad, como si nunca hubiera existido.”

En una entrevista publicada en Barcelona, donde Fernando era cónsul, declaró algo que nos obliga a pensar siempre en él como un hombre riguroso, en-

tregado a su trabajo literario. La pregunta (la influencia de Paz en su poesía) hecha a un poeta que apenas entraba en madurez física, parece obvia, no así la respuesta: “Sí, en cuanto que he procurado tener el rigor y la lucidez de su lenguaje, pero también me ha influido otro poeta poco conocido, Xavier Villaurrutia.” Si bien él reconocía estas presencias bienhechoras, Rafael Solana, otro espléndido hombre de letras, señalaba asimismo aires de Góngora y Quevedo en Sánchez Mayáns, de la misma manera que ve un “alto, sensible, estudioso y fino poeta, que no es todavía dentro de su propia patria, a causa de sus prolongadas ausencias, ni tan conocido ni tan estimado como merece.”

Como ensayista, Fernando es excelente y lo es a causa de su prosa poética. *Rastros literarios*, por ejemplo, es una prueba inmejorable de ello, allí países, escritores son vistos y analizados por el ojo sagaz del poeta. Un poeta observa a otros poetas, a sus pares: Valery, Paz, Whitman, Rilke, González Martínez, Chumacero, Novo, Reyes, Miller, Durrell, Villaurrutia... Los resultados son asombrosos; en breves páginas, Sánchez Mayáns nos da retratos muy hermosos que ofrecen nuevos puntos de vista en autores que de sobra han sido tratados. Lo más novedoso es que en su apoyo sólo busca soportes poéticos: Por ejemplo, a Paz lo mira desde los ojos de Saint-John Perse y a González Martínez desde los de Paul Valery. Fernando da claves para mejor comprender su trabajo, nos muestra a sus maestros o a sus pares, autores que lo han emocionado y le han dado lecciones. Su prosa intenta ser prosa, pero está llena de la presencia de su vocación inicial: la poesía, la que pese a sus andanzas, jamás abandonó. Escriba lo que escriba, trate el tema que trate, la cocina (su faceta menos conocida), digamos, jamás deja de hacer poesía delicada. Salvador Novo, en una nota escrita para la edición de *Las alas del pez* que hizo Ediciones De Andrea, lo con-

firma: "su sensibilidad de poeta ha transportado el episodio vulgar de un joven mexicano a la bella metáfora de una obra teatral..."

Queda el esposo, el padre, el amigo, ejemplar en todos los casos. Con alguna regularidad, nos vimos, ya en los últimos años, Rosario, mi esposa y yo, con Fernando y Angelita. Asombrosa la hermosa relación de ambos mantenida por tantos y tantos años que juntos caminaron por la diplomacia y el arte. Eran una pareja de encanto. Hoy, por desgracia, ella es una viuda doliente, inconsolable por su atroz pérdida.

Hay que añadir la parte humana para redondear esta nota introductoria a su obra total. Fernando Sánchez Mayáns fue un hombre generoso, incapaz de dañar al prójimo, bueno, y ello sorprende en un medio famoso por sus tendencias destructivas, que busca la fama a través del escándalo y la enemistad, la pugna y la injuria. Fernando vivió ajeno a esta conducta nacional, dedicado a sus seres queridos más cercanos, su familia, sus amigos, alumnos y admiradores y, por qué no, a sus semejantes. Fue un delicado y frágil poeta, un hombre bondadoso que dedicó su obra pensando en la humanidad y sus mejores cualidades. Ello con modestia y humildad, las cualidades que grandes escritores hicieron suyas, para dejarnos una obra deslumbrante, con frecuencia triste, desolada, como es el mundo que nos rodea y atormenta. Quizá por ello escribió:

*De los pequeños laberintos
 que guarda codiciosa la palabra
 somos para mayor escarnio
 de nuestra soberbia impía
 pétreas sombras tránsfugas de
 sus resplandores.*

Ahora finalmente tenemos reunida la fina poesía, el sugestivo teatro y la tarea ensayística de Fernando Sánchez Mayáns y ello nos permite ver sus dimensiones extraordinarias, la grandeza que su sencillez humana siempre trató de ocultar. Un hombre que pudo decir: "Los escritores imaginan casi todo, hasta que son escritores." Otra idea semejante la escribió Víctor Hugo Piña Williams: "La poesía de Fernando Sánchez Mayáns dice que la poesía dice la poesía. Y es verdad: la poesía, sitiada y sitabunda, dice *qué* una y otra vez, nunca la misma. Sobre todo, dice *qué* silencio." Jorge Luis Borges insistía en que el escritor nace. Sánchez Mayáns es la mejor prueba de la aseveración del argentino.

Fernando Sánchez Mayáns se imaginó escritor, se formó como tal, jamás dejó de escribir y pensar como uno de ellos. Padeció el apasionado enamoramiento de la belleza y en este sentido no dejó de ser un poeta adolescente, buscando la vida y la muerte en la mejor explicación que podemos hallar, en la literatura, en el arte.

El lector tiene ante sí la prueba inmejorable de un escritor que se imaginó escritor y que por ventura lo consiguió plenamente. Sólo falta leerlo, adentrarse en su poesía, como decía Griselda Álvarez, para apreciar "su oceánica hermosura". O en sus obras de teatro, de las que Hugo Gutiérrez Vega, quien hizo la nota introductoria del disco de Voz Viva de la UNAM, en 1988, explicara que son la imagen "de aferrarse a los restos del naufragio para intentar levantar una nueva casa..." En ambos casos, Fernando Sánchez Mayáns fue un maestro extraordinario, cuya vigencia es posible comprobar al adentrarse en estas *Obras completas* magníficas, perfectas, de una delicada musicalidad.